

nos llegamos al fuego. En esa lotería se pagan aproximaciones. No aproximarse. Respetuosa distancia. Cordón sanitario. Si hace usted otra cosa, no le tendré por hombre honrado».

Mutatis mutandis, así se expresó el Padre Moreno. Pasados los primeros instantes, mi madre, que tiene corazón de oro e instintos hospitalarios, le trató con agasajo, empeñándose en alimentarle bien y a todas horas, hasta el extremo de que el fraile se sublevase cómicamente. «No más pollo, aunque usted me emplume... Ni más pisto... ¡Qué señora! Alma de almirez, corazón de dátil, ¿quiere que yo reviente aquí? Usted mande en su polisón, señora, que yo mando en mi estómago...» Poco duro el exagerado obsequio gastronómico; a los dos días, el Padre se nos marchó a su convento, dejándonos un gran vacío. Había espirado también su temporada de vacaciones y el permiso del superior para bañarse y atender a la salud, y el moro con sayal se volvía resignadamente a su tétrico retiro de Compostela, donde, a fuerza de humedad, sudaban los muros y verdeaban las juntas de las piedras. A pesar de la entereza con que el fraile afirmó que iba satisfecho al cumplimiento de su deber, comprendí que aquel español medio sarraceno, prendado de la luz del Africa, debía de sufrir mucho en cuerpo y espíritu viéndose desterrado a clima tan húmedo y gris.

Le vi marchar recordando con sorpresa que le había envidiado aquel sayal y hasta aquella cadena de los votos. «A la fuerza yo he padecido este verano una especie de *psicalgía*. Ahora que estoy convaleciente lo comprendo». Los pocos días que faltaban ya para mi salida hacia Madrid, como no teníamos huéspedes ni gran distracción, me sepulté en la lectura de dos o tres librotos muy interesantes: obras de filosofía, entre ellas la *Crítica de la razón pura*, de Kant. Exento, a mi parecer, de toda engañosa alucinación, de toda exaltación enfermiza, ¡con qué puro deleite

se empapaba mi inteligencia, docilitada por el estudio de las matemáticas, en la enseñanza del filósofo! ¡Con qué dulce firmeza sentía penetrar en las últimas casillas de mi cerebro aquellas verdades del criticismo, que, lejos de conducir a la escéptica negación, nos infunden sereno convencimiento de la vanidad de nuestras tentativas para conocer el mundo exterior, y nos encierran en el benéfico egoísmo del estudio de nuestras propias facultades!

Cuando después de una lectura de Kant salía yo a recorrer el soto, la pradería, las modestas dependencias de la granja patrimonial, y la paz del atardecer se me infiltraba en el espíritu, me encontraba venturoso, salvado de mis locuras, encerrado en la línea recta. «Entiende y serás libre», repetía para mí con juvenil orgullo.

XX

Al saltar del vagón en Madrid, en la estación del Norte, divisé lo primero las rojas barbas y la geta repulsiva de mi tío Felipe, que me alargó la mano y llamó a un mozo para entregarle el talón de mi baul. Después, metiéndose conmigo en un coche de punto, dió las señas de su casa: «Claudio Coelho, número tantos...»

--¿No vamos a mi posada?--pregunté sorprendido.

--Verás...--respondió el hebreo con aquella dificultad de frase y contracción de rostro que acompañaban en él a la manifestación de la avaricia.—Es una tontería andar con cumplidos entre parientes... En mi casa hay un cuarto sobrante, que de nada sirve; lo ocupaban unos trastos... Es alegre y capaz... Mejor tratado que en la posada estarás, chico... Y para tus estudios, la tranquilidad que quieras.

Comprendí el mezquino cálculo. Pagarme el pilaje tenía que costarle más, por barato que fuese, que hospedarme en su casa. Pero yo *allí*... En el primer momento no sé qué efecto me produjo la idea. Lo cierto es que exclamé:

—Mi tía no verá con gusto ese arreglo.

—Te diré—respondió el marido.—Al principio se le figuró que para tu objeto convenía más la casa de huéspedes .. Terqueó un poco... Pero la he convencido... Ya está conforme y te espera.

Guardé silencio. Notaba la impresión desagradable que se experimenta al salir de una atmósfera templada a una corriente de aire frío. La vida en la Ullosa había sido un paréntesis, un descanso, una especie de grata somnolencia; y aquel brusco llamamiento al exterior, a la agitación y a la fantasmagoría, precisamente en el momento de reanudar los estudios, de necesitar toda mi voluntad y fuerza mental para consagrarla a mi arduas tareas, me desquiciaba. Y con todo, la juventud ama tanto el riesgo, la marejada y la tormenta, que sentí un estremecimiento de placer cuando mi tío oprimió el disco de cobre de la campanilla eléctrica, y se abrió la puerta tras de la cual estaba Carmiña Aldao.

¡Con qué temblor íntimo la saludé! Mi sangre toda giró por el cuerpo precipitándose al corazón; conocí las señales de la antigua llama, y mi lengua, pegada al paladar, casi no acertaba a articular el saludo. La esposa de don Felipe me recibió correctamente, sin mostrar ni despego ni cordialidad excesiva. Llenando sus deberes de ama de casa, me instaló en mi cuarto, se enteró de lo que yo necesitaba, me mostró varios muebles donde podía colocar libros, ropa, me dió consejos prácticos para aprovechar mejor las cuatro paredes... «Aquí pones tus camisolas... En esta percha cuelgas la capa... La mesa aquí, junto a la ventana, que podrás estudiar mejor... Mira, este es el lavabo... Ten aquí siempre las toallas... Te

he buscado este quinqué de pantalla verde, que no te echará a perder la vista...»

Mientras ella explicaba semejantes pormenores, yo la miraba con tal sed de verla, que bebía sus facciones y devoraba su imagen querida. Lo que buscaba era esa revelación que, bien estudiado, encierra todo rostro de mujer casada; la cuenta corriente de la felicidad. No, no era feliz. Lo cárdeno de sus ojeras no procedía de amorosa fiebre, sino de pena oculta. Su boca no se dilataba para la risa o el halago; se recogía como la de todo luchador que mortifica solitariamente la carne o el espíritu. Sus sienes estaban un tanto marchitas. Su talle era más plano: no había adquirido la redondez graciosa y majestuosa que se advierte en las desposadas a los pocos meses de vida conyugal, aunque no sean madres. ¡No era feliz! ¡Cuánto trabajó mi fantasía sobre la base de esta suposición!

Poco tardé, sin embargo, en habituarme a la convivencia con títí, y fué no pareciéndome tan peligrosa. La proximidad es siempre incentivo, pero la convivencia, quitando interés dramático y novedad a las ocasiones de encontrarse, tal vez disminuye el riesgo.

Aunque los últimos años de la carrera de ingeniero distan mucho de ser tan absorbentes como los primeros, y las dificultades van allanándose a medida que se sube la áspera cuesta, el estudio bastaba a ocupar mis ocios. La vida de títí se deslizaba tan aislada de la mía, que viviendo bajo el mismo techo, apenas nos tropezábamos fuera de las horas de comer. Por la mañana salíamos los dos, yo a mis clases, ella a compras y a devociones muy largas. Al almuerzo yo observaba en Carmiña cierta animación, contento inexplicable. Venía de la iglesia: era evidente. Mi tío, también satisfecho y decidor, de zapa-tillas y sin corbata, charlaba conmigo, me hacía preguntas, comentaba las noticias de la víspera, los diálogos con D. Vicente Sotopeña en el salón de confe-

rencias y en los pasillos del Congreso, sobre el cariz de la política, las insinuaciones de los periódicos, la última conversación confidencial de la Regente con el Embajador de Austria, que persona bien enterada había repetido en el Casino de pe a pa. Sin duda yo provocaba la locuacidad de los esposos, pues Carmiña, a su vez, me contaba la gaceta de Pontevedra, los inocentes chismes que la escribían sus amigas, y detalles relativos a las vecinas del principal y del entresuelo, a las cuales solía visitar de noche, según la costumbre mesocrática madrileña, que organiza en cada casa una tertulia de vecindad. Por la tarde mi tío salía, ya solo, ya con su mujer; yo necesitaba bien el tiempo para trabajar o pasear con Luis, y ¡adiós hasta la comida! Esta era más triste que el almuerzo: mi tía estaba nerviosa y excitada, o aplanada y distraída, sin que lograrse disimularlo. De noche, ella subía a sus tertulias caseras o hacía labor junto a la chimenea, y mi tío me sacaba de casa, llevándome, a veces, a algún teatrillo por horas. Ningún peligro. El engranaje de mis tareas me salvaba de las sugerencias de la ociosidad. El diablo no sabía cuándo tentarme.

Ya supondrán ustedes con quién desahogaba yo. ¿Para qué están en el mundo las personas sesudas y discretas como Portal, sino para oír confidencias de maniáticos? Creo que me incitaba a hacer confesión plenísima el mismo desagrado del confesor. Sus agrías censuras eran latigazos que me estimulaban a escarbar más hondo en los rincones de mi espíritu.

—Chacho—díjome un día el formal amigote—ya he adivinado lo que padeces. Conozco la medicina. Guíate por mí y sanas al cuarto de hora. El mal tuyo recibe este nombre técnico: *espuma de la mocedad comprimida*. El remedio se llama... ¡adivina adivinanza! Se llama... Belén.

—¿Belén? ¡Qué absurdo!

—Qué, ¿no te acuerdas ya? Belén, la hurí de ne-

gros ojos, la que pegaba angelitos en cajas de cartón. ¿Tan olvidada la tenías? ¡Descastado! Pues yo la he seguido la pista... Chico, transformación de comedia de magia. Verás a la prójima en su apogeo. Coche no lo arrastramos aún... pero todo se andará.

—¿De veras? ¿Ha encontrado su *gran Paganini*?
—pregunté con indiferencia.

—No quiero decirte nada hasta que juzgues por tí mismo... Quedarás absorto.

De allí a pocas tardes, el orensano me guió a una buena casa, en la calle, céntrica y solitaria a la vez, de las Hileras. El portal era decoroso; la escalera cómoda y clara, y la puerta del entresuelo a que llamamos, tenía aspecto de seriedad y discreción, y metales relucientísimos.

Nos abrió una mujer de mediana edad, vestida de negro, mestiza de doncella y ama de llaves, y a las primeras palabras de Luis dijo que pasásemos a la sala, que iba a avisar «a la señora».

—¿Eh? ¿Qué tal?—exclamó mi amigo.—¿Qué te parece? «La señora» por arriba y «la señora» por abajo... Sillería de reps, color botón de oro... espejo con marco de palo santo... alfombra de buena moqueta... cortinas de yute fino... dos jarrones de bronce y porcelana... un costurero incrustado... un entredós... su quinqué con pantalla de paraguas... Me parece que el bolsista no se queda corto.

—¡Qué metamorfosis!

—Ahí verás tú... Los tiempos *cambean*. Por otra parte, la metamorfosis era prevista. La chica se cansaba de pegar cromos en cucuruchos; pero no le había saltado más gangas que el cicatero de tu tío, que al darla dinero para dulces, la tomaba después la cuenta por céntimos. Cuando apareció el bueno de don Telesforo Armiñón, resuelto a sacarla de penas, ¡ayúdame a sentir! Vió el cielo abierto. Lo primero que pidió la infeliz fué calzado... Tu tío la traía con los dedos fuera... Estas de Madrid tienen su vanidad

en el pie... ¡Ahora hay cada zapatito...! (Portal lanzó un beso al aire). Ahí viene ya... Ponte serio.

Rugir de faldas... Belén hizo su entrada solemne. ¡Diantre! Era verdad; no había quien la conociese. Peinada con la clásica modestia de las señoras, lucía una bata de terciopelo color hoja seca, y en las orejas dos tornillitos de diamantes. En las manos, afinadas ya por la holganza, relucía también alguna piedra; y al andar se entreveían los zapatitos famosos, estrechos, entaconados, de raso oscuro, un par de monerías. Me pareció más gruesa, de movimientos más tranquilos y lánguidos, de tez aún más pálida y fresca que antes, comparable sólo al satinado de la hoja de magnolia.

—¿Venimos a mala hora?—preguntó Portal.

Antes de responder, Belén se fijó en mí, y chilló de alegría...

—¡Hola! ¡Ya pareció el perdido! ¿Es usted, mala persona? Una sola vez he tenido el gusto de verle, y luego la del humo... Veraneando ¿eh? Pues aquí nos hemos aguantado los demás con calores y sofocines. ¿Cuándo llegaste?—añadió apeándome el tratamiento.

—Hace dos días—atajó Portal,—y siempre suspirando por echar la vista encima a la gente buena. No me dejaba vivir con «vamos a saludar a Belén... Aunque como ahora está hecha una señorona, puede que no haga maldito caso a los pobres estudiantes... Yo me pongo malo si no la veo... Lo dicho, me da un ataque de... algo...»

—¡Ande usted, gallego trapacero!—contestó la hermosa, que, clavando en mí sus flechadores y soberbios ojos, me envolvió en una mirada fogosa y humilde a la vez.—Ni éste se acordaba de mí, ni ganas... Ná; después de aquel día de jaleito... si te he visto no me acuerdo. Y yo... claro, ¿qué ha de hacer una? Para los despilfarros que gastaba tu tío... ¡Tíñoso igual! Dicen que se ha casado... Divertida es-

tará la mujer.... En fin, ahora me encuentro como la propia rosa.... Estos son otros López. ¡Ea!—añadió sin dar tiempo a que nos sentásemos—a ver mi casita; es la gran casa.... Gabinete con chimenea y todo.... Hoy no han encendido, porque todavía no hace frío, ¿sabes tú? pero voy a mandar que enciendan, volando. ¡Olé! Pasa por aquí.... el comedor, chiquito, pero no se dan banquetes,.... una cocina hermosa.... cuarto para baules.... Entra ahí.... alcoba de columnas y todo....

—Hija—advirtió Portal con ánimo de sacarla de sus casillas;—no me convences. Has pasado de un avariento sin careta a otro hipócrita. Armillón tiene millones, y ni te ha puesto coche, ni te ha vestido los muebles de seda; de manera que.... no me digas a mí que se porta. Lo que es el diván de raso y el milor te los debe, como yo debo la vida a mi padre. Andan por ahí la Sevillana y Concha Ríos hechas unas reinas en su carruaje. ¿De qué te sirven los trajes ricos ni los aretitos de piedras, si no puedes ir al Retiro a quitar moños?

—Calla, calla.... Déjame a mí de coches. El coche me marea—respondió la pecadora, molestada por lo del milor, sin poderlo remediar.—¿Qué te crees tú, que si le pido coche va a negármelo? Pero no lo pediré. Yo tengo mucha dignidad, ¿sabes? Cuando veo personas decentes, y no como aquel Iscariotes de tío de éste.... ¡Dios, qué tipejo! No será tío verdadero suyo. Puede que la abuela....

Después trazó una semblanza de su bolsista.

—Lo mejor que tiene, que viene poco. En jamás hasta que cierra el.... el bolsín—repitió, afirmándose en lo dicho.—Y hay días que ni aporta. Hoy, verbi-gracia. Me ha avisado, de manera que estoy en grande....

—¿Y si se le antoja presentarse de repente?

—¡Vaya una dificultad! Conno abrir.... El no tiene llave. Si te digo que mejor pasta de hombre.... Como

yo grite «coche», va a contestar «un mail de seis caballos». Pues si viene..... mañana le digo que había salido con la Fausta, a ver a mi madre y a Cinta..... Lo cree a puño cerrado.

—¿Y esas?—preguntó Portal.

—¿Quién? ¿Las otras? Pues..... hijo, insufribles. Si las doy el Perú, me piden el Potosí. No hago más que sacudírmelas, porque me chupan la sangre. Cada bronca que me arman..... ¿Y no sabes? A Cinta le ha entrado la tarantela de echarme sermones, y dale con que ella, antes de sujetarse a un hombre por dinero, ha de trabajar y buscarse la vida..... Empeñada en meterse a tiple de zarzuela. Lo malo es..... que tiene que aprender el solfeo. Pero yo he convencido a mi señor de que me alquile un piano y me pague un maestro, y la muchacha vendrá aquí a dar lecciones. Hay que estrujar el limón..... ¿Para que sirva un rico, a ver? Pues nada, hoy os quedais aquí; hoy hacéis penitencia en esta casa..... Verás qué vajilla tan mona y qué cubiertos de plata..... Es decir, de plata Meneses: porque no era cosa de exponerse a un robo. Me pondré el vestido bueno de faya francesa, que me regaló ahora poco, día de su santo..... Nada, que tengo gusto en que veais mis galas. Estrenaré el reloj. Rige mal, pero es de oro..... Luisillo que se largue si tiene que hacer: ¡lo que es tú no te vas....!

Algunos días después del convite de Belén, paseando con Luis por Recoletos, me dijo mi amigo entre severo y envidioso:

—Todos los pícaros tienen fortuna. La Belén, loca por tí: mujer más encaprichada no se ha visto. Ayer tuve que darla buenos consejos para que no plante a su bolsista y vuelva a vivir en un sotabanco, a fin de recibirte con toda libertad. La he dicho que se agarre al señor de Armillón mientras no le salga otro que tenga más arranque y ponga landó y regale plata fina en vez de Meneses. ¡Lo que yo la he predicado! Ni un misionero... Pero tiene más suerte que un ahorcado,

trucha. ¡Cuidado que entrarle así por el ojo derecho a la niña esa!... ¿Y qué, aún no estás contento? ¿Aún andas por los espacios imaginarios? Si te parto un alón...

—Párteme lo que gustes—contesté francamente, condensando en un suspiro mis desilusiones.—Chachiño, en el mundo hay algo más que las satisfacciones de la materia. Si me apuras te salgo con que la materia no existe... Es un mito. A los dos minutos de haberme despedido de Belén... nada, me olvido hasta de que vive tal mujer en el mundo. Salgo de allí más espiritualista que un diablo.

—No puedo oírte desatinar así—gritaba Portal furioso.—¿Qué espiritualismo ni qué calabazas? Anda-te por las nubes y sé perdigón. ¿Dónde hay perla como una Belén, una mujer en quien no se piensa más que cuando hace falta? Belén es para ti el premio gordo. Lo que te pasa es que te han embrujado en esa casa maldita de tus tíos. La atmósfera de hipocresía y de estupidez en que vives, te va secando el magín poco a poco. ¿Por qué no te vienes a mi posada? Estarías al pelo. Te sacaríamos inmediatamente del cuerpo los demonios. Trinito, este año más célebre que nunca. ¿Querrás creer que nos canta no solamente las óperas, sino todo cuanto oye en los conciertos del Salón Romero? Nostiene de Lohengrin y de Tanhauser hasta el testúz. Y lo mejor es que piensa meterse a crítico musical. Ayer casi le tiramos la cafetera a las narices, porque nos rompió el tímpano con *La muerte de Iseo*. Anda memo, arrímate a nosotros.

—Luis, seré todo lo simple que quieras... pero no puedo resistir a esa muchacha. Conozco que es guapa, que me tiene ley, y así todo... Vamos, que no me resulta. A ver si tú, que has armado ese lío, lo desarmas. El mejor día la digo en su misma cara que la aborrezco, lo cual sería una crueldad tonta. Nada; dejarlo. El vicio y la desvergüenza podrán entretener un rato, pero hastían.